

Las aguas brillantes



Los yacarés son un sello distintivo del noroeste argentino. La preservación de los esteros los protegió de su extinción.

Los Esteros del Iberá tienen una diversidad biológica que puede verse en muy pocos sitios del mundo. Además, atesoran una reserva de agua dulce invaluable y esconden especies variadísimas de flora y fauna. Safaris fotográficos, tardes de *trekking*, paseos en embarcaciones y atardeceres vistos desde el río son algunos de los recuerdos que se llevan quienes pasan por allí.



Bandada de chajás. El avistaje de aves es uno de los atractivos más disfrutados por quienes visitan la zona.



Cae la tarde en el litoral. Las aguas de los Esteros del Iberá están calmas, como siempre en este rincón correntino. Cuando el sol se pone frente a nuestros ojos, casi paralelo al horizonte, comienza la magia: las más de sesenta lagunas que atesora la reserva natural se convierten, literalmente, en espejos, y todo hace parecer que la punta de la canoa está navegando, en verdad, por el cielo. A este instante deben su nombre los esteros. En la lengua guaraní, *i* significa 'agua' y *berá*, 'brillante'. Al parecer, los antiguos pobladores del lugar lo bautizaron así por el particular brillo que tienen las superficies acuáti-

cas durante el atardecer. Es que la quietud propia del sistema cerrado, sin corrientes fluviales —explican los biólogos—, se quiebra con la brisa producida por el cambio de temperatura entre la superficie terrestre y el agua y refleja, con efectos muy particulares, la luz crepuscular. Ese es tan solo uno de los regalos que uno puede llevarse de allí; se suman a la lista los avistajes de fauna y flora, los safaris fotográficos, los paseos en embarcaciones y las visitas a los pueblos cercanos.

A elección del paseandero

Los Esteros del Iberá pueden recorrerse a pie, en lancha o en embarcaciones sin motor,

como piraguas o canoas. La primera opción reduce un poco las posibilidades de llegar a cada rincón de la reserva, pero permite un contacto muy cercano con la fauna del lugar, ya que los guías que dirigen los *trekkings* saben por dónde escabullirse para lograr las postales que todos quieren llevarse.

En cuanto a los paseos en lancha, permiten recorrer el corazón de la reserva, por lagunas, bañados y orillas cargadas de las más impactantes especies de la flora local. Desde la embarcación también pueden verse los animales oriundos del lugar, sobre todo durante la hora del atardecer. El beneficio con respecto a los recorridos en ca-

noa es que el hecho de hacerlos a motor permite llegar a lugares más lejanos en menos tiempo. Sin embargo, cuanto más silencioso es el paseo, más posibilidad hay de apreciar de lleno los animales del lugar.

La ruta escénica

Hasta hace poco tiempo, la mayor puerta de ingreso a los esteros estaba en la colonia Carlos Pellegrini, ya que en esa zona está la laguna Iberá, que es el espejo de agua más grande de la reserva. Sin embargo, una organización que trabaja en la preservación natural de la región (*ver recuadro Proyecto Iberá*) y en un aprovechamiento menos dañino de sus virtudes turís-

Proyecto Iberá

The Conservation Land Trust es una organización formada por biólogos, guardaparques y veterinarios que se dedican a proteger zonas ricas en recursos naturales. En los Esteros del Iberá, no solamente están trabajando en la Ruta Escénica, sino que realizan diferentes acciones para preservar especies vegetales y animales en peligro de extinción. Además, promueven el cumplimiento de las leyes que protegen la reserva y la difusión de sus valores y problemáticas. Más información en www.proyectoibera.org.



Tesoro escondido

Debajo de los Esteros del Iberá, se encuentra parte de la reserva de agua subterránea más grande del mundo. Cuenta con 1.190.000 kilómetros cuadrados, de los cuales un 70% es brasileño; un 19%, argentino; un 6%, paraguayo, y un 5%, uruguayo. El agua subterránea de ese sistema se aloja en formaciones geológicas de los períodos Triásico, Jurásico y Cretácico inferior. En esa época, África y Sudamérica formaban un continente único, con muchas áreas fluviales y lacustres. La existencia de esta reserva subterránea, considerando que el agua es un recurso agotable, es de inestimable valor para la humanidad.

En el año 1983, los Esteros del Iberá se transformaron en reserva natural. Con 1,3 millones de hectáreas, es el área protegida más grande del país.

ticas planteó la idea de crear una ruta en la que se pudiera entrar a los humedales desde los diez municipios que los circundan. De esa forma, no solo se genera un equilibrio positivo para la explotación del ecoturismo, sino que se provee una equidad sustentable en todos los pueblos de la zona. De todos los portales que conforman este recorrido de 1300 kilómetros, los más desarrollados hasta el momento son tres.

Portal Cambyretá: Se accede desde la localidad de Ituzainzó, al norte de los Esteros. Allí pueden visitarse estancias ganaderas, pastizales, cañadas y lagunitas mientras se disfruta de las especies del lugar y de las tradiciones de los lugareños. Es uno de los sitios ideales para realizar safaris fotográficos y caminatas o para ver arreos y destrezas gauchas en el pueblo lindero.

Se encuentra en San Miguel, al oeste de la reserva. Allí puede verse el Parque San Nicolás, rodeado de pastizales recuperados y atravesados por el arroyo Carambola, que lleva a una magnífica estancia. También es lindo visitar el pueblo de San Miguel, que aún conserva las tradiciones jesuíticas con las que fue fundado.

Portal Laguna Iberá: Es el portal más explotado. Se encuentra junto a la colonia Carlos Pellegrini, al este de los bañados. Por atesorar la laguna más grande de la región, abre las puertas de un universo natural único y rico en diversidad. La visita a Carlos Pellegrini también es interesante: sus casas de adobe hacen que mantenga su identidad de antaño.

Por Daniela Calabró. Fotos: gentileza Proyecto Iberá (Fotógrafo: Juan Ramón Díaz Colodrero)



El ciervo de los pantanos se encuentra en peligro de extinción. Quedan unos pocos ejemplares en la margen nororiental de los Esteros.

Los anfitriones

Si bien no se sabe con exactitud quiénes han sido los habitantes originales de la región de los Esteros, no caben dudas de que los indios guaraníes fueron los primeros en adentrarse en los bañados de la zona. En el siglo XVII, los misioneros jesuitas fundaron pequeños pueblos alrededor de las lagunas, como Loreto, San Miguel y Concepción. Pasadas generaciones y generaciones, los lugareños siguen manteniendo las filosofías de vida de sus antepasados, ya sean aborígenes o europeos. Quienes hoy reciben a los visitantes suelen ser guardaparques o guías turísticos que hasta hace algunas décadas eran baqueanos o mariscadores de la zona y que, con los años y la tarea de concientización, han volcado su sabiduría hacia la conservación de las especies.



Las espátulas rosadas son aves típicas del litoral. Impactan por el color de sus plumas y la forma particular de su pico.